

Artículo de investigación

Cómo citar: Gómez, S. (2019). "Nosotras las Mujeres del Noroeste de Guayaquil". La auto-representación como fin y metodología social de re-significación de identidades en zonas marginales. *Polisemia*, 14(26), 43-61. <http://dx.doi.org/10.26620/uniminuto.polisemia.14.26.2018.43-61>

ISSN: 1900-4648

eISSN: 2590-8189

Editorial: Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Recibido: 26 de mayo de 2018

Aceptado: 04 de junio de 2018

Publicado: 5 de agosto de 2018

Sandra Marcela Gómez¹

“Nosotras las Mujeres del Noroeste de Guayaquil”. La auto-representación como fin y metodología social de re-significación de identidades en zonas marginales

“We the Women of the Northwest of Guayaquil”. Self-representation as an aim and social methodology of re-significance of identities in marginal areas

“Nós mulheres do noroeste de Guayaquil”. Auto-representação como fim e metodologia social de re-significância de identidades em áreas marginais

Resumen

Este artículo aborda la experiencia en el diseño y desarrollo del proyecto de educación popular “Nosotras las Mujeres del Noroeste de Guayaquil”, realizado entre abril del 2012 a marzo del 2013 desde la Corporación Hogar de Cristo en Guayaquil, Ecuador, en el que participaron 32 mujeres del noroeste, una de las principales zonas marginales y excluidas de la ciudad. Se reconoce así la fuerte estigmatización sociocultural frente a las mujeres, desde una marginalidad urbana que las reduce a protagonistas de la crónica roja, cuyos únicos relatos posibles son la violencia, la pobreza y su representación como objetos sexuales; hasta una problemática más profunda y naturalizada, la automarginación, la asimilación como único rol social el ser madres y esposas, amas de casa y, en menor medida, trabajadoras informales, olvidándose de ellas mismas como mujeres. El objetivo del proyecto fue desarrollar un proceso de sensibilización y reflexión enfocado en el autorrepresentación y la autoconfianza como mujeres que aportan a su cotidianidad.

Sandra Marcela Gómez

Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

sandramarcelagomez@yahoo.com

Colombia



¹ Parte de la experiencia pedagógica de la autora se centra en procesos de indagación y re-construcción colectiva de memorias históricas de y con mujeres, narradas desde sus propias voces, imágenes y relatos.



La metodología, ejercicios de autorepresentación, entendiéndola como una práctica cultural que visibiliza ‘cómo se miran a sí mismas’, cómo interpretan sus propias realidades, para desde la fotografía participativa y la escritura expresiva como herramientas creativas, explorar y expresar sus propias miradas y relatos identitarios como legítimos.

Palabras clave: autorepresentación, fotografía participativa, escritura expresiva, marginalidad, identidades.

Summary

This article addresses the experience in the design and development of the popular education project “Nosotras las Mujeres del Noroeste de Guayaquil”, made between april 2012 to march 2013 from the Hogar de Cristo Corporation in Guayaquil, Ecuador, in partnership with America Solidarity, in which 32 women from the northwest participated, one of the main marginal and excluded areas of the city. This recognizes strong socio-cultural stigmatization of women, from an urban marginality that reduces them to protagonists of the red chronicle, whose only possible stories are violence, poverty and their representation as sexual objects; to a deeper and more naturalized problem, self-marginalization, assimilation as the only social role being mothers and wives, housewives and, to a lesser extent, informal workers, forgetting themselves as women. The objective of the project was to develop a sensitization and reflection process focused on self-recognition and self-confidence as women who contribute to their daily lives. The methodology, self-representation exercises, understanding it as a cultural practice that makes visible ‘how they look at themselves’, how they interpret their own realities, from participatory photography and expressive writing as creative tools, to explore and express their own views and identity stories as legitimate.

Keywords: Self-representation, participatory photography, expressive writing, marginality, identities.

Resumo

Este artigo trata da experiência no design e desenvolvimento do projeto de educação popular “Nosotras las Mujeres del Noroeste de Guayaquil”, realizado entre abril de 2012 e março de 2013 pela Hogar de Cristo Corporation em Guayaquil, Equador, em aliança com a América Solidária, em que participaram 32 mulheres do noroeste, uma das principais áreas marginais e excluídas da cidade. Isso reconhece a forte estigmatização sociocultural contra as mulheres, de uma marginalidade urbana que as reduz a protagonistas da crônica vermelha, cujas únicas histórias possíveis são violência, pobreza e sua representação como objetos sexuais; a um problema mais profundo e naturalizado, a auto-marginalização, a assimilação como único papel social: mães e esposas, donas de casa e, em menor grau, trabalhadores informais, esquecendo-se como mulheres. O objetivo do projeto era desenvolver um processo de sensibilização e reflexão focado no auto-



reconocimiento e autoconfianza como mujeres que contribuyen para o seu dia a dia. A metodologia, ejercicios de auto-representación, entendendo-a como una práctica cultural que torna visível ‘como eles se olham’, como eles interpretam suas próprias realidades, da fotografia participativa e da escrita expressiva como ferramentas criativas, para explorar e expressar seus próprios olhares e histórias. Identidade como legítima.

Palavras chaves: auto-representação, fotografia participativa, escrita expressiva, marginalidade, identidades.

Introducción

A las preguntas “¿qué haces?”, “¿a qué te dedicas?”, la respuesta de ella es “nada”, acompañado del gesto de subir los hombros rápidamente, que refuerzan la naturalidad de la exclamación. Luego de responder con su nombre, al parecer la única narrativa identitaria que encuentra posible es empezar a contar sobre sus hijos. Desafortunadamente, esta escena es demasiado común para muchas mujeres que habitan en condición de pobreza en zonas urbanas marginales, donde no encuentran sentidos ni significados sociales legítimos desde donde hablarse y construir posibles identidades desde su habitar y cotidianidad.

En este escrito quiero reflexionar sobre mi experiencia en el diseño y ejecución del proyecto “Nosotras las Mujeres del Noroeste de Guayaquil” realizado durante abril del 2012 a marzo del 2013, en mi aprendizaje como voluntaria desde la fundación América Solidaria² en la Corporación Hogar de Cristo en Guayaquil, Ecuador³, en el que participaron 32 mujeres del noroeste, una de las zonas de mayor concentración de invasiones de esta ciudad, particularmente quiero hacer énfasis en la fotografía participativa y la escritura expresiva como lugar de exploración, manifestación, reflexión y re-creación identitarias como mujeres. El principal objetivo del proyecto fue desarrollar un proceso de sensibilización y reflexión, enfocado en el autoreconocimiento y la autoconfianza como mujeres que aportan a sus realidades. La metodología, ejercicios de autorepresentación, entendiéndola como una práctica cultural que visibiliza ‘cómo se miran a sí mismas’, cómo interpretan sus propias realidades. Las principales herramientas de expresión: la fotografía participativa y la escritura expresiva. Para finalizar con un acto simbólico de empoderamiento, participación ciudadana y visibilización, a partir de la realización de una exposición fotográfica que ellas nombraron “Nosotras las Mujeres del Noroeste de Guayaquil”.

2 Fundación que inicia su labor en 1998, y cuyo objetivo es la construcción de redes de cooperación entre las naciones americanas para fortalecer proyectos locales con profesionales voluntarios, que mejoren la calidad de vida de las personas más pobres y excluidas del continente.

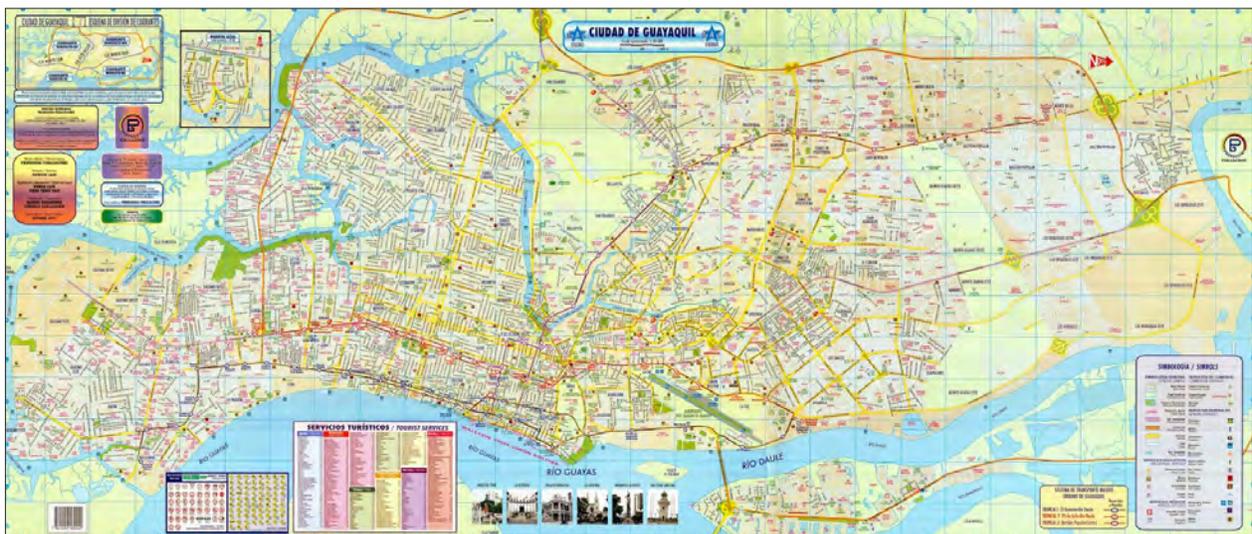
3 La Corporación Hogar de Cristo inició sus labores en Guayaquil en 1971, con el gran objetivo de facilitar procesos de desarrollo humano sustentable desde y con las personas en mayor situación de pobreza, vulnerabilidad y/o exclusión del litoral ecuatoriano, enfatizando en las mujeres como política de discriminación positiva. Entre sus principales iniciativas está la producción de vivienda social y, desde el 2001, la incorporación de programas de economía solidaria, entre otros.



Partida – reconocimiento del contexto

Mi llegada a Guayaquil en abril del 2012 estaba motivada por las ganas de tener una experiencia de vida, de pasar del solo decir a sumarle el hacer, a lo que tantas veces comentaba y criticaba en los salones de clase, pasillos y reuniones con amigos(as), las problemáticas relacionadas con la pobreza y principalmente con la feminización de esta en América Latina, y sus infinitas incidencias en las formas de ser mujeres en tensión con el patriarcado. Me localizaba como voluntaria, en una relación con lo social desde la inmersión y el anhelo de habitar una cotidianidad que me era lejana y ajena, además de lo que yo encontraba como lo más parecido a mis sentires y apuestas sociales de solidaridad, servicio y entrega. En el inicio, desde afuera, sabía que me enfrentaba a una marginalidad doble. Una primera, el habitar en una zona marginal urbana, reconocida como la Perimetral Noroeste (figura 1), que empezó a conformarse aproximadamente hace unos diez años por un sinnúmero de invasiones fuera de los límites oficiales establecidos por la Municipalidad de Guayaquil. Esta población no censada, según registros de la Corporación Hogar de Cristo, llega cerca a las 274 mil personas para el 2012 (Hernández y Provis, 2012). Esta connotación implicaba no solo unas condiciones de vida precarias y vulnerables, como la ausencia de servicios públicos, y la carencia y escases de infraestructuras para salud, educación y menos aún para recreación, entre otras, sino además una relación conflictiva con las instituciones y las políticas sociales bajo las cuales salvaguardarse. Estas eran y son incipientes, no claras, y particularmente su praxis está marcada por una constante pugna entre un Municipio y un Gobierno que al parecer no han logrado ponerse de acuerdo sobre sus responsabilidades, sus límites y alcances, actuando a ritmo lento y sorpresivo, sin una perceptible planeación, que contrasta con el acelerado crecimiento desordenado y difícil de controlar, ¿cómo asumir el derecho a una ciudadanía cuando se habita fuera de los límites de la ciudad?

Figura 1. Mapa Guayaquil.



Fuente: Produguías Publicaciones. Guayaquil: 2011.

Pero esta marginalidad urbana tiene otra cara que muy pocos se atreven a mirar. La marginalidad urbana se transforma en una alteridad incómoda y fastidiosa de la que constantemente se quiere alejar y diferenciar el resto de la ciudad, son los territorios donde conviven encarnados todos los posibles estigmas urbanos como residuos sobrevivientes del mito excluyente del desarrollo. La marginalidad urbana se convierte en territorio del miedo y del peligro, de la violencia, el caos y del desorden, donde sus habitantes son transformados en protagonistas anónimos de la crónica roja, o como se dice en el lenguaje coloquial de los medios de comunicación los que “escurren sangre”. Mientras desde las ciencias sociales autores como el sociólogo Wacquant (2006) se atreven a señalar perspectivas y conceptos que se alejan del determinismo territorial, lo que evidencia la existencia de la “violencia estructural” masiva, aquella que se ejerce desde transformaciones económicas y políticas segregacionistas, polarizantes, excluyentes –muchos autores señalarían para Latinoamérica como consecuencia directa de nuestra memoria colonial y poscolonial– como artificios de un desarrollo desigual.

Una segunda marginalidad es el ser mujeres dentro de una cultura patriarcal dominante que nos encasilla como seres débiles e inferiores, sin poder de autonomía, sin poder de decisión, reducidas a objetos de pertenencia masculina, como bien se refleja en la expresión que constantemente utilizan la gran mayoría de las mujeres en la zona “cuando me hice de mi marido”. Su obligación natural y fundamental es atender al hogar, al marido y a los hijos, rol que es constantemente menospreciado. Durante el transcurso de los talleres, entre sus principales reclamos estaban el constante maltrato de los hombres, particularmente de sus parejas, siendo el alcoholismo, la infidelidad, el abandono del hogar y la violencia física los más nombrados. Socioculturalmente una de las manifestaciones más extremas son los feminicidios –muerte violenta de una mujer por ser mujer–. Aunque no existen cifras oficiales, en el Centro Ecuatoriano para la Promoción Acción de la Mujer (Cepam) de Guayaquil, se reportaron 42 casos entre enero de 2010 y junio de 2012, solo en la ciudad de Guayaquil, de los que se asegura que la mayoría se encuentran impunes (2013). Si cruzamos estos dos tipos de marginalidad, los resultados son más que infames y nefastos, como se reflejó en junio del 2012 al buscar en Google “mujeres noroeste Guayaquil”: los únicos resultados posibles fueron representaciones de mujeres víctimas de violencia y/u objetos sexuales, visibilizando una y otra vez su fuerte condición de estigmatización.

Pero una tercera marginalidad, de la cual poco se habla y solo empecé a percibir con claridad al entablar relaciones cercanas, es la automarginalidad como mujeres (figura 2). Entre sus roles de madre, esposa, hija y hermana, entre el día a día como amas de casa, como trabajadoras informales, para muchas lo importante son los otros, apenas acordándose de sí mismas. En los acercamientos y talleres exploratorios no dejó de sorprenderme una y otra vez el silencio, el miedo y la vergüenza que las atravesaba y habitaba al hablar de ellas como tema principal. A las preguntas sobre sus vidas, los vacíos y los monosílabos llenaban las respuestas. Pareciese que no encontraban apelativos dignos desde los cuales narrarse a ese otro que las indagaba, más allá de sus hijos y una que otra conversación sobre sus platos de cocina favoritos. Muchas respuestas eran planas y prestadas, frases sin continuación como “somos mujeres emprendedoras”, “es importante



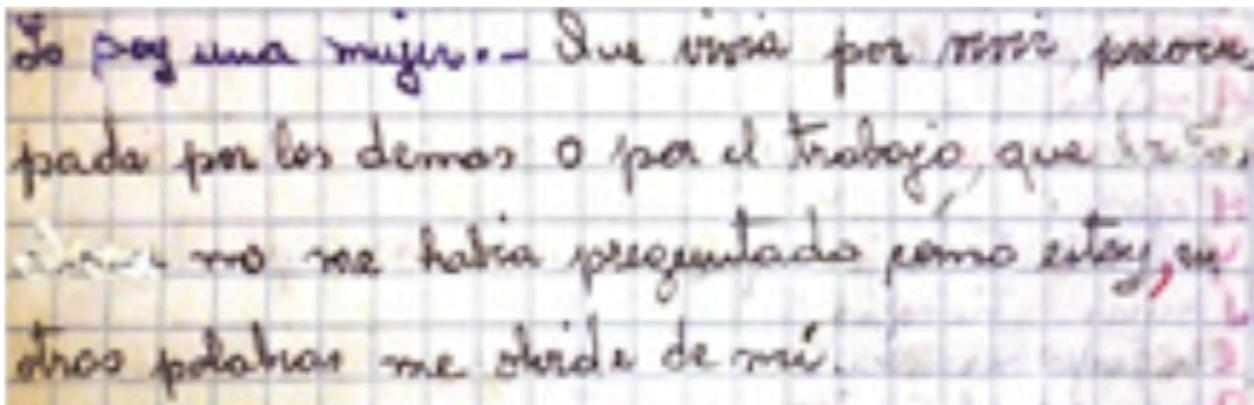
la autoestima” delataban las constantes interpelaciones e intervenciones institucionales que ellas repetían como discursos asumidos como “correctos”. Su visión de futuro se concentraba en “para ser alguien en la vida hay que estudiar, por eso le damos a nuestros hijos estudio, para que salgan adelante”, esperanza localizada en un presente que las borraba y en un mañana que no las incluía, cuando la mayoría no había tenido la posibilidad de estudiar o de terminar sus estudios. ¿Quiénes eran las mujeres del noroeste de Guayaquil?

Emergencia del proyecto “Nosotras las Mujeres del Noroeste de Guayaquil”

No aparecen en los diarios ni en la televisión, solo a veces, en reiteradas excepciones como protagonistas anónimas de la crónica roja, de desastres por inundaciones y como objetos sexuales. Sus nombres no están en las estadísticas de aportes de la economía salarial. No aparecen en los libros de historia oficial y la mayoría no se ubican dentro de límites de la ciudad. No son reconocidas desde el multiculturalismo como indígenas, campesinas, pueblos ancestrales, afrodescendientes, y no alcanzan a ser del todo lo que la palabra ciudadano pretende implicar. La mayoría no posee un trabajo formal, no son estudiantes, no son profesionales en... Al parecer los únicos nombres desde los que son habladas, definidas y relacionadas son su identidad de mujer constantemente quebrantada y su anónima condición social de pobreza y marginalidad, que las reduce una y otra vez a una condición de victimización.

Cómo interpretar la relación de subordinación, exclusión y olvido de una gran parte de la población urbana de una ciudad; cómo entender el silencio, la vergüenza y el miedo que las habita, sin tener casi palabras con las cuáles responder a las preguntas ¿quiénes son?, ¿qué hacen?; cómo comprender la sumisión, la resignación y aparente borradura sobre la percepción y valoración de sus propias vidas como mujeres.

Figura 2. Escrito realizado por la participante Nicela Neira en el segundo taller



Fuente: elaboración propia.

La violencia simbólica (Bourdieu, 2001) es indirecta, es inconsciente, subterránea, pero es la base profunda y legitimadora de la naturalización y reproducción de las relaciones y prácticas de poder asimétricas y arbitrarias, y por ende, principio de otros tipos de violencia directa que constantemente son hablados públicamente como es la violencia física. En sí, no es otra clase de violencia sino es justamente la base de las diferentes clases de violencia, son actitudes, gestos, patrones de conductas, creencias, silencios, miradas, mensajes, en sí percepciones que hacen que instituciones opresoras como el patriarcado, la misoginia, la marginación urbana, entre otras, existan, se sostengan y se perpetúen.

En palabras de Bourdieu (2000):

Violencia amortiguada, insensible e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento (pp. 11-12).

Su mayor peligro radica en que al ser tan sutil, se naturaliza, se neutralizan las desigualdades sociales, las conductas opresivas, y por ende, al no ser consciente y cuestionada se pone poca resistencia. ¿Cómo enfrentar la violencia simbólica cuando está interiorizada, apropiada, y atraviesa los cuerpos y hábitos de vida?

Qué pasaría si les preguntamos a ellas: “¿Qué significa ser mujeres en el noroeste de Guayaquil?” si las nombramos protagonistas, si les preguntamos cómo viven su cotidianidad, lo que piensan, sus preocupaciones y alegrías, si reconocemos que desde sus experiencias de vida también se adquieren valiosos conocimientos y saberes que aportan a su realidad, si generamos un espacio de encuentro y de expresión donde ellas empiecen a indagar por sus propias identidades. El proyecto le apostó a un proceso de educación popular centrado en el autoreconocimiento como mujeres valiosas que aportan a su cotidianidad, se pretende dilucidar y lograr exteriorizar sus voces y miradas como propias, importantes y legítimas.

Para ello fue necesario iniciar un proceso que rompiera el silencio y el miedo a expresarse, que sembrara sentimientos de autoconfianza y autoestima fundamentados en sus propias capacidades y posibilidades, y que se aprendieran y apropiaran herramientas de expresión y reflexión –acorde a sus condiciones de posibilidad– como fueron la fotografía participativa y la escritura expresiva.

Los talleres – nuestros pequeños lugares de encuentro

A finales de junio del 2012 con mi cámara fotográfica de bolsillo y un presupuesto de treinta dólares al mes para materiales y transporte, comencé la no poco ardua tarea de conformar los grupos de mujeres para el desarrollo de los talleres. Principié a ir a sus casas a dictar los talleres así estuvieran una o dos mujeres, para reforzar el sentido de la paciencia y la tolerancia (a lo que no pocas veces intimidaba como fracaso). Fue un proceso lento de mucha insistencia, peleaba el tiempo y el espacio con diversos factores, entre el esposo que no las dejaba salir de la casa, la condición de vulnerabilidad que repercute en las mil y una



urgencias constantes, la atención a los hijos, los quehaceres del hogar, el estigma que interpreta: más de dos mujeres reunidas igual a chisme –más aún si el tema principal es ellas–, y especialmente la visión de que los talleres al no ser prácticos y concretos como belleza o corte y confección, a los que están acostumbradas, eran perder el tiempo. Luego de tres largos e intensos meses en los que recordé una y otra vez que lo más importante en la educación popular son los lazos de confianza y de afecto, se llegó a conformar cinco grupos, uno por día, en el que participaban entre 25 a 35 mujeres en total, entendiendo que las oscilaciones en la permanencia y el incumplimiento del horario eran parte de las dinámicas locales con las cuales constantemente negociábamos.

Al llegar los niños corrían a saludarme, mientras iba pasando de casa en casa gritando de puerta en puerta “haber, haber” (regionalismo). Las mujeres salían con sus sillas en mano, nos agrupábamos en algún pequeño espacio, y nos disponíamos, muchas de ellas con una mano en el cuaderno y la otra con el nene, a empezar las dinámicas (figura 3). La mayoría eran lúdicas, siempre apostándole a generar situaciones hipotéticas en las que ellas de manera vivencial fueran encontrando desde sus saberes, capacidades y condiciones de posibilidad acorde al contexto, las formas más espontáneas y propias para desenvolverse y expresarse como mujeres. Se finalizaba en un círculo de mujeres como escenario colectivo de diálogo y reflexión. Eran espacios de descubrimiento, encuentros, reflexión, cuestionamientos y constantes sorpresas y emociones. Carta a una amiga de la infancia sobre qué ha sido de mi vida, en los que se evidenciaba que los tópicos más importantes eran el casarse y el tener hijos, dejando al descubierto los grandes vacíos y silencios. Representación sobre las enseñanzas de mi madre sobre el ser mujer y las enseñanzas que ellas les daban a sus hijas, poniendo de manifiesto cómo se reproducía el ser madre y ama de casa como condiciones implícitas y determinantes del ser mujer para ellas.

Figura 3. En nuestros encuentros



Fuente: elaboración propia.

Qué diría mi cuerpo si hablara, delatando la mudez y el aguante que encerraban, así como la frágil relación que existía con ellas mismas y sus necesidades. Exposición al grupo sobre algunos de mis saberes y especialidades, en los que apareció el encebollado de pescado, el postre de leche, el ser madre, y la bailoterapia, entre otros tantos, que nos recordaron como la cotidianidad implicaba la puesta en escena de múltiples aprendizajes y conocimientos, entre otros escenarios que fueron recreados (figura 4).

Recuerdo con especial alegría y nostalgia cuando al grupo del día miércoles llegó una nueva compañera, era la vecina de Ayda, llevaba una gran tristeza. En el intento de convencerla de entrar al grupo las compañeras comenzaron a expresar: “Yo antes no tenía amigas”, “es importante porque es el único tiempo que nos dedicamos para nosotras mismas”, “yo puedo tener mil problemas pero los dejo en la casa y me vengo a distraerme, a pensar en mí”, “todas nos apoyamos y aprendemos de las otras”, mientras yo muda con una sonrisa que no me cabía en la cara refunfuñaba una y otra vez por no tener una grabadora, y seguía escribiendo rápidamente con mi tecnología de punta 2h en mi bitácora.

La fotografía participativa como medio de expresión, reflexión y creación

¿Cuáles son las canciones de amor qué más les gustan? ¿De qué clase de amor hablan? ¿Cuáles canciones hablan sobre amor hacia ellas mismas como mujeres?

Figura 4. Valeria Baque enseñando bailoterapia. Ahora ella dicta clases.
Laura Pillajo enseñando hacer pasta con pollo.



Fuente: elaboración propia.

Entre una lista realmente escasa muchas recordaron, y yo aprendí, la canción “Yo soy una mujer” de Jenni Rivera. En una hoja en blanco titulada al igual que la canción, cada una empezó a narrarse a sí misma como mujer. La consigna, escribir desde el alma, en la forma que naciera, siendo lo más importante expresar nuestros sentimientos, más adelante ya nos encargaríamos del miedo a equivocarse, a no saber “escribir correctamente”. Algunas tímidas empezaban garabateando palabras sueltas en lápiz que borraban una y otra vez. Otras, para mi sorpresa, que hablaban poco, iban llenando rápidamente la hoja. Los escritos se iban pasando entre las compañeras para corregirse unas a otras la redacción y la ortografía, fortaleciendo siempre el reconocimiento de sus capacidades y procesos de aprendizaje. Al finalizar, algunas valientes se atrevían a leer lo que eligieran compartir, la consigna: en postura de pie y con voz alta. Reflexiones como “nunca había escrito sobre mí”, “se está repitiendo demasiado la letra de la canción”, “parece una mujer de mentiras sin defectos”, o simplemente risas afirmativas “sí así es, así es”, entre otras, iban guiando el proceso de (re)descubrir la propia voz, y lo que implicaba, un ejercicio paciente de reescritura.

En otros talleres, llevaba varias fotos impresas en las que aparecían mujeres de diversos contextos –que recortaba de revistas–, con un texto explicativo en la parte de abajo que tapaba intencionalmente. Jugábamos a la adivinar quiénes

Figura 5. Memoria de lo que pasaba, como vehículo de expresión creativa



Fuente: elaboración propia.

eran, su historia, a partir de las pistas que nos daba la imagen: qué decía el fondo, el gesto, el cuerpo, la ropa, el espacio, qué estaba pasando. Después leía el texto, evidenciando la importancia de la escritura como medio descriptivo que ayudaba a entender y cerrar los significados flotantes de las imágenes, al mismo tiempo que íbamos reflexionando sobre diversas formas culturales de ser mujer. Así aprendimos un ejercicio de alfabetización visual y de relación con la escritura como medios narrativos.

El siguiente ejercicio: un autorretrato. Había que elegir el fondo, la postura corporal, si se quería que saliera todo el cuerpo o parte, el gesto, y especialmente, había que decidir el mensaje escrito que le iba a acompañar, basándose en el ejercicio anterior “yo soy una mujer” (canción). La metáfora: vamos a gritar quiénes somos, para reconocernos desde nuestras miradas y voces a nosotras mismas, y darnos a conocer a los demás. Con el tiempo, fuimos incorporando la fotografía y la escritura en cada uno de las dinámicas, como medio de registro y memoria de lo que pasaba, como vehículo de expresión creativa de las reflexiones e interpretaciones que se iban dando, y fundamentalmente, como lenguajes desde los cuales irse narrando, desde ahí iba cobrando sentido y materialización la autorepresentación (figura 5 y 6). ¿Cómo nos sentimos, qué nos preocupa, cómo aportamos a nuestro contexto? Fueron algunos de los lugares desde dónde se narraron (figura 7).

Figura 6. Memoria de lo que pasaba, como vehículo de expresión creativa



Fuente: elaboración propia.

Al principio tenía el propósito de que ellas aprendieran a tomar fotos y fueran ellas mismas las que las realizaran, más si quería dinamizar ejercicios de auto representación, partiendo de la reflexión crítica de que las fotos no solo son un pretendido registro de la “realidad”, un documento garante de objetividad, sino que revelan más de quién dispara la foto, la subjetividad propia de la mirada, adquiriendo su valor como representación. Pero esa intención se fue desvaneciendo en el camino, no solo por contar con la que se convirtió en mi única y más preciada cámara fotográfica de bolsillo, sino porque a la mayoría de las mujeres no les interesaba, muchas se ponían nerviosas y se sentían más cómodas si yo me encargaba de tomar las fotos, finalmente deje de insistir. Esto subraya cómo el uso de la cámara fotográfica depende del grado de aceptación y apropiación en la comunidad.

La fotografía participativa, también conocida como ‘foto voz’ o ‘voz visual’ es una metodología que busca potenciar la voz a través de la imagen a actores/as locales que se han caracterizado por su condición social de marginalidad y/o exclusión. Como práctica política, promueve el derecho a ver y a ser vistos/as, a crear y ser creadores/ras desde sus propios códigos, significantes y sentidos, bajo la apuesta de empoderar las imágenes como representaciones y narraciones válidas, legítimas y especialmente desde una ética que enaltece el reconocimiento dignificador. En este sentido tiende a centrarse en la potencia vital y no en la carencia e impotencia. Dentro de la esfera de lo visual tiene la pretensión de fisurar y ser un acto de resistencia a los metarrelatos –los estereotipos y estigmas– al visibilizar otras miradas: otras formas diversas de ver y significar el mundo.

Como práctica social, pedagógica y artística, se basa en la transferencia de la cámara fotográfica como herramienta técnica de expresión creativa, estética y política, a personas que tradicionalmente no han tenido acceso. Como estrategia

Figura 7. Soy madre y padre para mis hijos, construyo mi casa.



Fuente: elaboración propia.

pedagógica, conlleva el desarrollo de un proceso de exploración e indagación de los propios lenguajes, voces e imágenes, que pone en relación dialéctica con el gesto de exteriorizar, de observar-se, del autoreconocimiento y el reconocimiento de y por los/as otros/as. Se caracteriza por ser una metodología colectiva y colaborativa, sustentada en prácticas de encuentro, diálogo y construcción compartida, que afianza los lazos sociales y de solidaridad. Como metodología social ha sido ampliamente explorada en distintas experiencias con niños, niñas y adolescentes desde la década de los noventa del siglo XX en diversos contextos culturales, siendo conocido en Colombia la iniciativa “Disparando cámaras para la paz”. En relación a procesos con enfoque de género son pocos los que existen, particularmente para el caso de iniciativas con y para mujeres.

Uno de los encuentros vitales durante el proyecto fueron los procesos realizados por la fotógrafa y gestora cultural Almudena Caso de España, con quien entablamos varias conversaciones y afinidades. Para ella la fotografía participativa, significado en el que me sintonizo, es:

Una práctica cultural que visibiliza otras miradas, las no vistas, las no escuchadas y las presenta como legítimas. Es decir, tiene voluntad de empoderar, y lo hace a través de procesos creativos compartidos, de exposiciones, de publicaciones, de encuentros... lo hace a través de una gestión cultural comprometida con nuestra sociedad. (Caso, s.f.).

En el transcurso del Proyecto fui comprendiendo que en la fotografía participativa lo más importante no es quién dispara, ni el acto fotográfico o “momento decisivo” como expresaba el pionero en fotografía periodística y documental Henri Cartier-Bresson (1908-2004). Contextualmente al pensar esta práctica como metodología participativa, por ende, como parte de un proceso reflexivo, como una forma de “relación social colectiva”, se cuestionaba el sentido habitual de ejercicio solitario, se subvertía la figura moderna tradicional de autor, y por ende, las posibles relaciones de poder conflictivas entre fotógrafo como sujeto observador y fotografiado como objeto observado, abriendo una fisura a otro tipo de localizaciones, preguntas y cuestionamientos .

En el proceso fue cobrando sentido la fotografía no como técnica u obra de arte, no como documentación, sino como una forma de relación social a partir de la cual nos expresábamos conjuntamente, a partir de la cual explorábamos las capacidades para contar historias, para autonarrarnos. La confianza, los afectos, los aprendizajes, lo que queríamos expresar y comunicar, la búsqueda de un fin común como la realización de una exposición como medio de visibilización, eran nuestros principales ejes técnicos, desde ahí realmente fui comprendiendo lo que era la “fotografía participativa”.

También trabajamos la fotografía como disparador de la memoria personal, reforzando la capacidad de las imágenes para narrar historias. “Para el próximo taller traer tres fotos de su álbum de familia o caja debajo de la cama, en las que aparezcan ustedes como protagonistas”. Empezaban una larga búsqueda siendo difícil el encuentro dado que la mayoría eran de sus hijos. Luego narraban al resto del grupo porqué las habían elegido, porqué eran importantes, recordando lo que señalaba Armando Silva en su libro *Álbum de Familia* (1998), el álbum

como aquel lugar donde las mujeres narran su historia cotidiana, sus memorias. Por parejas elegían una foto de la cual había que escribir una pequeña historia. Fanny no sabía casi escribir pero le encantaba contar sus historias, Melina era silenciosa y buena escribiendo, entre ambas iban llenando el lado derecho de la hoja mientras en el izquierdo pegaban la foto. Colocábamos las fotos y sus escritos en la pared de caña o ladrillo, yo invitaba a las compañeras a la exposición “Historias de mujeres”, en un intento por ir las acercando al lenguaje expositivo y narrativo, mientras ellas esperaban con ansias ver y leer los escritos de sus compañeras. Al final, en el círculo de diálogo reflexionábamos por qué había sido tan difícil encontrar fotos de ellas mismas, qué imágenes eran las que más les gustaban, qué reflejaban, algunos aprendizajes de las historias de vida, los silencios, entre otros aspectos (figura 8 y 9).

Recuerdo cuando llegaba a los primeros talleres y casi todas gritaban “¡Noooooooooooo, no quiero fotos, estoy horrible, gorda, despeinada, etc.!” enfrentándose fuertemente al rechazo de la autoimagen. Con el tiempo muchas empezaron a llegar arregladas, a llevar espejos de bolsillo y peines. Recuerdo la angustia de la hoja en blanco y el miedo a equivocarse, el decir una y otra vez “no me gusta escribir”, “tengo pésima ortografía”, o simplemente “no recuerdo

Figura 8. Al final, en el círculo de diálogo reflexionábamos por qué había sido tan difícil encontrar fotos de ellas mismas



Fuente: elaboración propia.

cómo hacerlo bien”. Las hojas se fueron llenando de palabras sueltas, de dibujos y tachones. Con el tiempo comenzaron a esmerarse en hacer los letreros con los cuales hablaban y/o gritaban en sus fotos, los marcadores de colores, la escarcha, el fomi y la corrección de la ortografía entre las compañeras se volvieron constantes. Y luego del vacío y los monosílabos, empezaron a llover palabras, gestos y frases desde las cuales hablarse, reconocerse e identificarse ellas mismas como mujeres. Al principio la gran mayoría eran tímidas, una y otra vez repensaba estrategias para disparar la palabra, el diálogo, la participación, al final celebraba no saber cómo provocar el silencio.

A partir de la fotografía participativa y de otras metodologías correlacionales como la escritura expresiva y dinámicas corporales, se desarrollaron ejercicios de búsqueda, exploración y reflexión sobre el ser mujeres. Fue oportunidad de recrear otras miradas, las personales, las propias, las que casi siempre están silenciadas, las escondidas, las peligrosas, las apenadas, las rebeldes, las raras, las diferentes, las extrañas, las marginadas u olvidadas. Fue la oportunidad de expresarlas y visibilizarlas como potencias posibles, humanas, dignas y legítimas como mujeres.

Figura 9. Al final, en el círculo de diálogo reflexionábamos por qué había sido tan difícil encontrar fotos de ellas mismas



Fuente: elaboración propia.

El cierre simbólico de visibilización – La exposición

Desde el principio había una apuesta por realizar una exposición en la que ellas mismas finalmente respondieran a la pregunta ¿quiénes somos las mujeres del Noroeste de Guayaquil? Era un acto simbólico de empoderamiento, enfrentarse a su propia imagen y especialmente exponerse a ser observadas y reconocidas por “otros” desde sus propias voces y miradas, era un gran acto de valentía y coraje, además de un fuerte trabajo de construcción de curaduría participativa. Por aquellos grandes devenires de la vida –una historia muy larga de contar– lo que iba a ser un evento de corta proyección terminó llevándonos a exponer en el Centro Cultural Simón Bolívar, el museo más grande de la ciudad, ubicado en el centro turístico, y posteriormente fuimos invitadas a itinerar en dos museos pertenecientes al Ministerio de Cultura del Ecuador –que para ese entonces se había convertido en un fuerte aliado– el Nahim Isaías y el Presley Norton.

El día de la primera inauguración –19 enero del 2012 a las 10:30 am– abrimos las puertas de la Sala Galo Galecio en el MAAC a un público diverso: familias, amigos, vecinos, y funcionarios de instituciones, entre otros. Aunque las mujeres participantes conocían las fotos, al verse no dejaron de reflejar en sus rostros un gesto de sorpresa, alegría y de orgullo, muchas lloraron y muchas otras no dejaron de tomarse fotos con celulares en frente de sus fotos, o de sus nombres, colocados en una lista que encabezaba el título “Expositoras” (figura 10 y 11).

Figura 10. “Expositoras”



Fuente: elaboración propia.

Aquella institución cultural que les era desconocida y ajena, ahora les abría sus puertas no solo como expositoras sino como encargadas de las visitas guiadas los fines de semana. Como una de ellas decía “nos sacudimos la timidez” mientras hacía la mímica con el cuerpo y el resto se reía, al contar su experiencia al enfrentarse a hablar con el público. El cuaderno de opinión del público empezó a llenarse de comentarios positivos lejos de los estigmas y estereotipos recurrentes: “sigan adelante”, “son un ejemplo de orgullo”, etc.

Para ese entonces ya había hecho consciente que hace bastante tiempo, –a pesar de que me reconocía extranjera en múltiples sentidos–, hablaba y hablábamos desde un nosotras, nos encontrábamos como mujeres, como amigas y compañeras. En la última inauguración en el Presley Norton, el 8 de marzo, día de la mujer, tres días antes de tomar el vuelo de regreso a Bogotá, estábamos reunidas en un salón del museo. Yo les daba las gracias por todo lo vivido y aprendido, les repetía lo que les decía una y otra vez cada vez que me inundaban de agradecimientos: “yo solo les puse un gran espejo y muchos ejercicios de expresión para que reconocieran y recordaran lo que ustedes son, no les pude enseñar a ser madres, ni a cocinar y menos aún a bailar”, seguían las risas porque ya sabían lo pésima que era para esos menesteres.

Una de ellas me interrumpió, Mayda, y me dijo, “puede ser cierto, pero si no hubiera llegado alguien que viera lo bonito que hay en nosotras, ni siquiera nosotras lo hubiéramos visto”, recordándome una y otra vez que las identidades son un juego de espejos y relaciones en donde el reconocimiento y la interpelación con los otros son más fuertes de lo que a veces queremos creer. Han pasado varios meses desde que regresé, o desde que partí, supongo que un poco de ambos (escrito a finales de 2013).

Figura 11. “Expositoras”



Fuente: elaboración propia.

Cada día me siguen sorprendiendo algunas reflexiones, inquietudes, y cada día voy encontrando mayores sentidos y claridades que me habitan, en la medida que voy decantando las vivencias. Fue en la experiencia del residir dentro de lo que se categoriza comúnmente como “población en situación de pobreza” que empecé a develar la existencia e importancia de otras distancias, de otras cercanías, se empezaron a desdibujar las grandes diferencias y los estereotipos que me precedían, y principié a reconocirme en otras miradas, y con ello, inevitablemente cambio la mía.

Para terminar, les quiero transmitir la voz colectiva de las participantes del proyecto “Nosotras las Mujeres del Noroeste de Guayaquil”, con la que finalizaban la narrativa de la exposición:

Aprendimos a valorarnos como mujeres, a respetar y ser respetadas.

Aprendimos que aunque muchas veces nuestra autoestima es baja, somos mujeres humildes pero luchadoras y podemos salir adelante.

Aprendimos que somos madres, esposas e hijas, pero sobre todo mujeres con todo el sentido de la palabra.

Aprendimos a hablar sin miedo, a expresar lo que sentimos, lo que somos, a hablar en público y a trabajar en conjunto.

Aprendimos que tenemos derecho a escuchar y ser escuchadas, a tener voz.

Aprendimos la importancia que tiene una foto, donde se escribe nuestra realidad diaria ya sea triste o feliz.

Así somos las mujeres del Noroeste de Guayaquil.

Estamos agradecidas porque nos han tomado en cuenta, porque el habernos hecho partícipes ya nos hacen sentir importantes (figura 12).

Figura 12. Grupo en la exposición



Fuente: elaboración propia.

Referencias

- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P., y Passeron, J.-C. (2001). *La reproducción: elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Madrid: Editorial Popular.
- Caso, A. Fotografía Participativa. (s.f.). Recuperado de <http://almudena-caso.com/fotografia-participativa/>.
- Centro Ecuatoriano para la Promoción Acción de la Mujer (CEPAM), Guayaquil. (marzo de 2013). *Las rutas de la impunidad*. Recuperado de <https://elnacional.com.do/feminicidio-conmueva-sociedad-ecuatoriana/>
- González, P. (2011). La fotografía participativa como medio de investigación y análisis social. *Quaderns-e, Institut Català d'antropologia*, 16(1-2), 147-158. Recuperado de <http://www.antropologia.cat/quaderns-e-176>.
- Hernández, J., y Provis, J. (2012). *Monte Sinai: la herencia de los vulnerados. Estudio sobre vulnerabilidades en la población de Monte Sinai, Guayaquil*. Guayaquil: Corporación Hogar de Cristo.
- Silva, A. (1998). *Álbum de Familia: La imagen de nosotros mismos*. Bogotá: Editorial Norma.
- Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad: gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

